

Vida Eterna: una nueva visión

*Más allá de las religiones,
más allá del teísmo,
más allá de cielo e infierno.*

John Shelby SPONG

VIDA ETERNA: UNA NUEVA VISIÓN

Más allá de las religiones, más allá del teísmo, más allá de cielo e infierno.

John Shelby SPONG

Título original: *Eternal Life: A New Vision. Beyond religions, beyond theism, beyond heaven and hell*, HaperCollins Publishers, New York, 2009

Primera edición: noviembre de 2014

© **Editorial Abya-Yala**

Casilla 17-12-719

Quito, Ecuador.

Telef.: (593-2) 2506 267 / 3962 800

Fax: (593-2) 2506 267

editorial@abyayala.org

<http://www.abyayala.org>

y

Agenda Latinoamericana

punto de contacto en:

<http://latinoamericana.org>

Impreso en Quito, Ecuador, noviembre 2014

ISBN: 978-9942-09-237-3

Diagramación y cubierta: Agenda Latinoamericana

Colección «Tiempo axial», nº 19,

Traducción de:

Ana Laura Jiménez Codinach

Revisión de:

José Antonio Ruescas

Haga su pedido de este libro en papel a:

Editorial Abya Yala, Quito, Ecuador

editorial@abyayala.org

ventas@abyayala.org

o adquiéralo en línea en: www.abyayala.org

Descuento especial para la adquisición de la colección completa.

Vea toda la colección en: <http://tiempoaxial.org>

ÍNDICE

Prólogo	7
1. Preparando el escenario: una palabra personal necesaria	17
2. La vida es accidental.....	32
3. Toda la vida está profundamente vinculada	41
4. Bailando con la muerte: el descubrimiento de la mortalidad.	50
5. El atractivo de la religión.....	62
6. El instinto dominante de la vida: la supervivencia.....	73
7. La religión y el miedo a la muerte.....	81
8. Las caras de la religión	91
9. Las herramientas de la manipulación religiosa.....	102
10. Liberar del cielo y del infierno a la religión	111
11. Superar el infantilismo: la muerte de la religión.....	122
12. Cambio de paradigma religioso.....	138
13. ¿Quién soy yo? ¿Quién es Dios?	146
14. El enfoque de los místicos	158
15. Resurrección: un símbolo y una realidad	171
16. Escondarse, pensar, ser	185
17. Creo en la vida más allá de la muerte	202
Epílogo . El sentido de la elección de morir.....	210
Bibliografía	223

Este libro lo dedico a personas muy especiales que con sus muertes me enseñaron no sólo a morir, sino algo más importante: cómo vivir y tener esperanza en la vida más allá de esta vida.

A cada una la describo en el prefacio, junto a un pequeño relato de cuáles fueron los regalos que me dejaron al partir:

- *John Hunter Griffith (1868-1935)*
- *John Shelby Spong (1889-1943)*
- *Malcolm Linwood (Buck) Backer (1944-1958)*
- *Shari An Rountree (1961-1983)*
- *Carol Faye Terry (1952-1966)*
- *Cornelia Bertha Marie Brauer Newton (1926-1971)*
- *James Grayson Cambell (1929-1976)*
- *Joan Lydia Ketner Spong (1929-1988)*
- *Doolie Boyce Griffith Spong (1907-1999)*
- *Emily Jane Failla (1982-2006)*
- *John Harvie Knight (1960-2006)*
- *Rosalie Suzzanne (Rozzanne) Garrett Epps (1922-2008)*

Me siento en deuda con cada uno de ellos.

PRÓLOGO

Este libro bien puede ser el último que escribo, por lo que sería muy apropiado hablar de cuestiones últimas. Y así lo hago.

Ya sé que antes he dicho “este es mi último libro”. Este será el quinto del que lo digo. También escribí mi autobiografía. Se supone que después de escribir o publicar su autobiografía, uno se muere. Sin embargo, después de escribirla, siguieron para mí los años más creativos y emocionantes de mi vida, tanto en lo profesional como en lo personal: escribí tres libros más durante este periodo. Cuando salga este libro yo habré cumplido 79 años. Aunque no dudo que otras personas puedan mantener más allá de esta edad el rigor intelectual y la disciplina que requiere el escribir libros con competencia y talento, yo asumo mi edad, y sé que en este libro incluyo los principales temas con los que culmina mi carrera de escritor.

Este libro, *Vida eterna: una nueva visión*, me sirve para cerrar el círculo que he recorrido durante mucho tiempo. Es el final apropiado para esta etapa de mi vida. Si escribiera otro libro, mi estudio tendría que cambiar su orientación de forma significativa, dedicándose a otros campos. Mi experiencia es que el tema de los futuros libros siempre se plantea durante la investigación que hago para el libro que estoy escribiendo. Así que cada nuevo libro parece ser un nuevo capítulo del anterior, o el desarrollo de un tema similar. Sin embargo debo confesar que, aunque me sucedió lo mismo con este libro, el tema que aquí abordo es tan amplio, y mi conocimiento anterior era tan superficial, que desarrollar el tema me llevaría años de trabajo antes de atreverme a escribir más sobre el tema de forma apropiada. Y como creo que no dispongo de los años que necesitaría, mis posibilidades de profundizar en la cuestión se reducen mucho. Así que debo limitarme a lanzar estas ideas, en todas las

direcciones, e invitar a las nuevas generaciones a continuar en este estudio.

Quiero agregar a esta historia que escribir sobre la vida después de la muerte me llevó a leer el cuarto evangelio con una visión nueva y más profunda. Antes me interesaba poco la cristología del Evangelio de Juan, pues me daba la impresión de que presentaba a un Jesús que sólo era la presencia de una deidad exterior que se hacía pasar por humana. Sé cuánta influencia ha tenido el Evangelio de Juan en la historia de la formación de conceptos cristianos como la Encarnación y la Santísima Trinidad. Yo creo que esa clase de cristología se ha vuelto incomprensible si la vemos a la luz de los descubrimientos de Copérnico, Galileo, Newton, Darwin, Freud y Einstein, con quienes la fe cristiana debe dialogar si desea pertenecer al mundo de hoy.

Sin embargo, mientras preparaba el estudio necesario para escribir este libro, adentrándome antes en lo que significa la consciencia, la autoconsciencia, la consciencia expandida y al final la consciencia universal, las palabras que el Evangelio de Juan atribuye a Jesús, como “el Padre y yo somos uno” y “si me ven a mí, ven al Padre”, empezaron a ofrecerme una nueva perspectiva. En ese momento, hubiera querido haber sido un estudioso de los textos joánicos y escribir sobre el Evangelio de Juan desde esta perspectiva.

Una segunda cosa muy importante me sucedió mientras trabajaba en este libro. Me di cuenta de que el Evangelio de Juan se escribió a partir de un antiguo leccionario judío. Si ponemos su contenido dentro de este contexto, se puede interpretar de un modo muy distinto del de la mayoría de los cristianos que leen hoy ese Evangelio. Esto significa que aun cuando personas brillantes como C. H. Dodd, Edwyn Hoskyns, William Temple y Raymond Brown –por mencionar algunos estudiosos joánicos– han escrito sobre este evangelio, la llave para entenderlo no ha sido descubierta o quizá no se han hecho los suficientes intentos.

Creo que la clave sería ver el Evangelio de Juan ante todo como lo que es: un leccionario judío, y sobre todo, mirarlo con una mirada universal, no desde categorías como la de *encarnación*, sino con los ojos de una consciencia amplia y una perspectiva

mística que vea unidas la vida y la divinidad, en una eterna comunión mutua. Atravesar esta puerta significa que las personas serán llevadas a comprender la esencial identificación de Jesús con Dios, no en categorías de encarnación, sino como un nivel superior de consciencia humana. Hay en esto algo más que un enfoque nuevo y más apropiado; se trata de una forma de entender este evangelio nueva, llamativa, deslumbrante incluso. Voy a desarrollar estas ideas en los últimos capítulos de este libro, aunque de manera breve, pues vivir estas experiencias me hizo desear tener más preparación, y disponer del tiempo necesario para ver todo el evangelio de Juan con estos nuevos ojos.

Para mí, el cristianismo ya no trata de una deidad que nos invade... sino más bien de un ser humano, plenamente humano, en quien Dios se hace profundamente presente e intrínsecamente visible. Ahora estoy convencido de que el autor del Evangelio de Juan lo reconoció y entendió así. Por eso este evangelio es tan diferente de cualquier otro libro del Nuevo Testamento. Yo simplemente aporté esta sencilla clave para leer el cuarto evangelio, y digo que hay que prestarle mucha atención en el futuro. Seguramente, otros estudiosos desarrollarán esta posibilidad, y cuando esto suceda, escribirán la historia de Jesús de una forma nueva, muy interesante. Si yo estuviera seguro de vivir 5 años más, me gustaría hacerlo. La verdad es que podría intentarlo. Pero en este prefacio quiero limitarme a proponer que otros emprendan ese estudio y caminen por este sendero. Me alegraré de sus éxitos futuros.

Aclarado este punto, puedo decir sin miedo a equivocarme que, salvo que se reedite algo ya escrito antes, este será probablemente mi último libro. De hecho, esto es como una experiencia de muerte: reconocer que al publicar este volumen se termina mi carrera como autor de libros. Seguiré escribiendo mi columna semanal en Internet si es posible, y si mis lectores me muestran que aún quieren que lo haga, manteniendo su suscripción. Pero dudo que de esta pluma broten más libros a mi libreta de notas, ya que ambas muestran que soy producto de una generación pasada. Con veintitrés volúmenes (en tres de los cuales soy coautor) traducidos hoy a la mayoría de los idiomas de Europa, al coreano, al indonesio y al árabe, puedo decir que he logrado un cuerpo de documentos lo bastante nutrido como para ver en él una carrera de escritor.

Todos los autores imaginamos cómo serán juzgadas nuestras aportaciones. Yo imagino que si las futuras generaciones se acuerdan de mí, no dirán, como ahora dicen algunos críticos, “es muy radical”, sino que dirán que “no fue lo suficientemente radical”. Veo a los futuros pensadores –pensadores cristianos abiertos– que están ya en el horizonte, ansiosos de llegar con sus escritos a lugares que aún no se me ha ocurrido ni pisar. Pienso en personas tan especiales como Gretta Vosper en Ontario, Ian Lawton en Michigan, Eric Elnes en Nebraska, Carlton Pearson y Robin Meyers en Oklahoma, Jeff Proctor-Murphy y David Filter en Arizona, Hugu Dawes en Inglaterra y Greg Jenks en Brisbane, Australia, a quienes considero las voces cristianas más creativas en las nuevas generaciones. Tendrán un impacto tremendo en el nuevo mundo cristiano que está naciendo.

Toda mi carrera ha estado al servicio del relato la de fe cristiana, a la que amo profundamente, llegando en este empeño hasta donde mis capacidades me han permitido. Me regocijo pensando que he podido ayudar a otros a traspasar sus límites. Cada persona debe vivir con los límites de nuestra historia y nuestro tiempo. Yo he construido puentes entre mi cristianismo pasado y el nuevo cristianismo del futuro. Me agrada creer que en este libro ha llegado el momento de juntar todo para ver el reino futuro, y sólo verlo es suficiente para mí.

Doy gracias a muchas personas, más de las que menciono en el primer capítulo, donde expongo algo semejante a una autobiografía. Sin embargo, quisiera ahora expresar mi gratitud a:

- Andrew Scrimgeour, director de los bibliotecarios en la Universidad de Drew, en Madison, Nueva Jersey. Andy no sólo investigó para mí, sino que también me ha proporcionado recursos, año tras año, y me ha considerado miembro de la facultad universitaria, con carné de estudiante. Estoy en deuda con él y con la Universidad de Drew.

- Gerald F. White, un abogado octogenario retirado que vive en la ciudad de Elizabeth, Carolina del Norte, quien me escribe tres o cuatro veces al año y me animó en mi trabajo actual, insistiéndome para que le enviara mis escritos con la forma definitiva de

libro. Me animó también a mandarle una copia antes de la revisión, por su miedo a no vivir hasta que el libro se publicase. Cumplí sus peticiones, aunque ha sobrevivido, y con salud.

• Billy Kingston, profesor de la Universidad Trinity, en la ciudad de Dublín, Irlanda. Él y su esposa Mary no sólo me animaron con sus preguntas en el Centro de Conferencias de San Deiniol, en Hawarden, Wales, sino que también me regalaron dos grandes libros: uno sobre la vida después de la muerte, con las ideas de diferentes religiones del mundo, escrito por Alan Segal, y otro sobre la resurrección desde el punto de vista cristiano y judío, escrito por Kevin Madigan y Jon Levenson. Ambos libros fueron muy importantes para mí en el estudio y preparación de este libro, y los menciono en las páginas de bibliografía.

De las personas a quienes dedico este libro, ninguna vive aún. Pero todos me dieron lecciones vitales sobre cómo vivir, cómo morir y cómo tener esperanza. Ellos, con su muerte, me mostraron lo esencial que es tratar abierta y públicamente con la idea de la muerte. Estas personas no son figuras que puedan fácilmente identificarse fuera de sus círculos familiares o de amigos cercanos, pero para mí, ellos han sido mis maestros. Espero con este libro poder mostrar algunos de los regalos que me han dejado y transmitirlos al mundo. Por eso me tomo la libertad de hacer una pequeña reseña de cada uno de ellos, ordenándolos cronológicamente según el momento de su muerte.

John Hunter Griffith fue mi abuelo materno. A su muerte yo no tenía ni 5 años, y fue la primera vez que tuve la experiencia de la pérdida de un ser querido. Como he dicho, en ese momento comenzó en mi vida un largo recorrido de búsqueda del sentido de la realidad de mi propia mortalidad.

John Shelby Spong fue mi padre, pues yo soy «John Shelby Spong junior», aunque esto sólo se menciona en la oficina del seguro social. La muerte de mi padre afectó a la dirección que seguía mi vida de forma radical. La cambió para siempre. Me apena que mis hijas no lo hayan conocido y también que no estuviera presente durante la mayor parte de mi vida.

Malcom Linwood (Buck) Baker fue un adolescente vibrante, atleta, miembro del equipo de natación del Instituto. Lo encontra-

ron flotando boca abajo en la piscina pública. Estaba rodeado de mucha gente, pero nadie se dio cuenta hasta que fue demasiado tarde. Sus padres, Ofelia y Noé, eran amigos muy especiales y se comportaron con gran fortaleza ante su desgracia.

Shari Ann Rountree, una niña de apenas dos años. Murió al tomar accidentalmente un veneno mientras la cuidaba a su abuela. Fue la única hija que sus padres pudieron concebir. Nadie tuvo la culpa, fue uno de esos sucesos que no tienen explicación. Su muerte fue un hecho cruel, algo que pudo evitarse, y tan emotivo que todos los que estaban cerca de ella llevarán esta herida toda su vida. Yo también, pues me hizo preguntar a Dios: ¿cuál fue la razón de su muerte? Pero no encontré respuestas. Su abuela y su padre ya murieron, pero su madre, Ana, aún vive con estas heridas, y adoptó a dos hijos que le ayudaron a transformar su vida.

Carol Faye Terry, la hija mayor de Martha y Hubert Terry, quien a los 11 años recibió el diagnóstico de la enfermedad Hodgkin y murió un día antes de cumplir 14 años. La muerte de Faye fue lenta y a la vez inevitable, y en ella descubrí la cara más dolorosa de la muerte, pero también lo hermosa y serena que puede ser la vida de una joven inocente.

Cornelia Bertha Marie Brawer Newton fue la primera persona adulta que me permitió (o más bien me invito a) recorrer el camino interior hasta su muerte. Su marido, médico, y ella, eran padres de tres niños pequeños, y fue gracias a Cornelia que encontré un nuevo sentido a la oración. Aunque no lo he dicho, ella fue la inspiración de mi primer libro, *Oración honesta*.

James Grayson Cambell era encargado del laboratorio de radiología del hospital universitario de Virginia. Debido a sus conocimientos médicos, cuando le diagnosticaron leucemia supo bien que estaba muriendo, y efectivamente murió sólo un año después. Casi a diario compartió conmigo sus sentimientos durante ese año. Por él escribí mi primer libro sobre la resurrección de Jesús: *El momento de Pascua*. Su esposa, que también es médico, aún vive en Richmond, Virginia.

Joan Lydia Ketner Spong fue mi primera esposa y más adelante hablaré más sobre ella; ahora sólo diré que Joan finalmente encontró en la muerte una bendición que terminó con una enferme-

dad larga y muy difícil. Más que nadie, ella me forzó a afrontar mis limitaciones, de forma tal que no he vuelto a ser el mismo.

Doolie Boyce Griffith Spong, mi madre. Una mujer llena de bendiciones, que extrajo el mejor provecho posible a una educación que ni siquiera llegó al noveno grado, y sobrevivió desde los 36 años en su situación de viuda con tres niños pequeños, sin dinero, sin preparación y sin haber adquirido habilidades especiales para un trabajo. Con gran admiración, la vi envejecer; después de la muerte de mi padre tuvo que vender su casa y la mayor parte de sus pertenencias para vivir y trabajar en un asilo, y lo hizo sin pesar. Para ella, lo valioso nunca estuvo en las cosas materiales. Su mundo se fue haciendo más pequeño al perder paulatinamente la vista, el oído y la posibilidad de caminar. Murió a los 92 años. Ella me enseñó a reconocer lo que realmente importa en la vida. Fui muy afortunado de tenerla como madre y espero poder honrarla con lo que he hecho en mi vida.

Emily Jane Failla fue una mujer llena de vida que conocí desde los 4 años. La vi crecer y convertirse en una adolescente espectacular, estudiante universitaria brillante y finalmente maestra fuera de serie en una escuela pública. Murió a los 24 años, en un accidente al subir una montaña. Emily me enseñó que la calidad de vida es más importante que la cantidad de años, pues los pocos años que vivió los disfrutó profundamente. Sus padres, Kay y Frank, así como su hermana menor Lauren, siguen siendo personas muy importantes en mi vida.

John Harvie Knight, hijo mayor de dos de mis mejores amigos, Millicent y Eliot Knight. A John, casado y con tres hijos pequeños, lo encontraron muerto en su casa, en la mañana del día siguiente a la Navidad. Aparentemente no padecía ninguna enfermedad, no hubo ninguna alarma, su muerte fue algo que nadie esperaba. Las circunstancias me hicieron imposible ocultar el dolor con las habituales frases piadosas y con esos comentarios que, de forma poco honesta, se muestran muy seguros de una verdad absoluta y de los sentimientos que debemos tener. En su funeral, dediqué mi homilía a hablar abiertamente de estos sentimientos, y eso me hizo darme cuenta de que nuestra resistencia a mirar cara a cara a la muerte revela hasta qué punto carece de sentido lo que solemos decir sobre Dios, incluidos los creyentes.

Rosalie Suzanne (Rozanne) Garret Epps. Su funeral fue el último servicio fúnebre en el que participé de manera profesional. Murió después de que este libro se mandase a mi editor. Rozanne representa más que nadie lo que se dice en este libro. Ella vivió en forma completa y de la mejor manera. Perteneció a esa generación que vivía un equilibrio entre trabajo, carrera y matrimonio. Rozanne escribió una columna en un periódico semanal hasta cumplir 80 años. Cuando su generación fue envejeciendo, ella siguió ofreciendo cultura a la juventud. Tenía un gusto especial por vivir que pocos logran. El año que murió, se había comprometido con la Asociación para la Ayuda Legal. En la homilía de su funeral, en Richmond, Virginia, pude utilizar algunas reflexiones de este libro que encajaban perfectamente con Rozanne. Ella fue como un alma gemela, una amiga y hasta como una madre para mi hija Ellen.

Estoy agradecido a todas estas personas por haber sido mis maestros.

También daré las gracias a mis editores digitales y a los de Waterfront Media en Brooklyn, Nueva York: Mark Roberts y Roseann Henry. Juntos han hecho de mi columna semanal un éxito durante siete años. Escribir esta columna cada ocho días fue un estímulo para la gestación de las ideas que eventualmente se convirtieron en libros, incluyendo éste. Recuerdo dos columnas en particular: “Conversaciones sobre la muerte en Nueva Zelanda”, y otra titulada “Una vida especial: Emily Jane Failla”, que motivaron muchas de las ideas presentes en este libro. Escribiendo esta columna, proceso mis emociones y aclaro mis pensamientos, más de lo que yo creía. Si hago memoria, creo que siempre he tenido esta experiencia, aunque al principio de mi carrera lo lograba sobre todo a través de mis sermones.

Por muchos años tuve el privilegio de tener como secretaria ejecutiva en mi vida profesional a una mujer maravillosa llamada Marilyn (Lyn) Conrad. Ella, junto a su esposo David, se convirtieron también en amigos muy cercanos. Me agradó mucho saber que estaba dispuesta a dejar a un lado la comodidad de su retiro para trabajar en el mecanografiado del primer esbozo de este libro. Trabajar con ella en este libro me ha hecho recordar el gozo que supuso trabajar profesionalmente con ella durante diez años y –no por casualidad– en mis cinco libros anteriores.

También me ayudaron inmensamente mi publicista en Harper One, Mark Tauber, mi editor Michael Maudlin, mi administradora de proyectos Lisa Zuniga y mi editor de imprenta Kathy Registad.

Finalmente, agradezco públicamente, una vez más, el amor y la ayuda que recibo de mi familia. Christine, mi querida esposa, es mi socia, mi editora, mi confidente y mi mejor amiga, además de mi amor. En este libro verán cómo mi relación con ella ha sido una ventana a través de la cual puedo asomarme a la eternidad.

Además, tuve durante 37 años el privilegio de ser esposo de Joan Lydia Ketner Spong, una de las personas a quien dedico este libro. Como éste es, probablemente, mi último trabajo, quiero decir algo más sobre ella. La muerte prematura de Joan por el cáncer terminó en 1988 con una bella y corta vida, y el dolor de su agonía, larga y difícil, hizo que para mí fuera doloroso hablar de ella en público hasta hace muy poco tiempo. Joan es la madre de nuestras tres hijas y fue quien, junto a estas, me dio el amor en abundancia del que ahora saco la fuerza para entrar en este círculo siempre en expansión que llamamos “vida” de un modo que nunca imaginé que fuese posible. No quisiera que su memoria desapareciera de mi consciencia. Mi amor por Joan no compite con mi capacidad de amar a otros; en realidad, expande esta capacidad. Porque siempre he de amar a Joan, mi amor por Christine es más profundo y transformador.

Asimismo, están mis tres hijas, a quienes he amado desde el momento en que las vi nacer, Ellen Elizabeth, Mary Katharine y Jaquelin Ketner. Ese amor ha crecido, y ahora incluye a sus parejas, Gus Epps (Augustus E. III), Jack Catlett (John B. II) y Virgil Speriuso, con sus hijos y nietos: Shelby, Jay (John B. III), John y Lydia; además de sus mascotas, un gato llamado Nolan (por Nolan Ryan) y los perros Elsie Lou (típico nombre sureño), Brown Dog (perro café), Jersey Rose (un perro pastor alemán originario de Jersey) y Sammy (otro pastor alemán llamado así por Sammy Sosa). Los miembros de mi familia cercana representan para mí mucho más de lo que puedo decir con palabras.

Si lo que esta generación es ahora resulta maravilloso, me emociona pensar lo que serán las futuras generaciones.

También están los hijos que llegaron de modo muy bello a mi vida, al casarme con Christine, para hacer mi existencia más dulce. Brian Yancy Barney, con su esposa Juliann y sus hijos gemelos Katherine Elaine y Colin David, que me han convertido de nuevo en abuelo y me proporcionan momentos ricos y memorables. Rachel Elizabeth Barney, con alma de Rolling Stone, no conoce límites y su vida de aventuras me lleva siempre a experimentar más profundamente los riesgos de la vida. Agradezco la felicidad que me han traído cada uno de ellos y su madre, mi querida Christine.

Finalmente, doy las gracias a ustedes, mis lectores. Si al menos una persona lee cada libro que se vende, son más de un millón. Les agradezco que me permitan entrar a sus vidas a través de mis libros, siendo este como es el principal medio que he utilizado para llamar a los miembros de esta generación a descubrir que adorar a Dios significa desarrollar completamente el propio potencial humano. Por esa razón es importante para mí el culto a Dios, y este Dios es el que yo encuentro presente en Jesús, el “plenamente humano”, cuya humanidad fue tal que se convirtió en el punto de contacto con lo que llamamos “lo divino”.

Como este libro quiere mostrar, he llegado a conocer a Jesús como aquel que amplió los límites de la autoconsciencia de forma tan radical que redefinió lo que se entendía por Dios y por vida humana. Por eso los cristianos proclamamos que en Jesús podemos encontrar, relacionarnos y conocer a Dios. Este concepto rompe con la antigua definición teísta de Dios, que para muchos bloquea la significación de Jesús. Es ese ser profundamente humano lo que hace visible lo divino, aquel hombre de total consciencia que nos permitió ver en unidad lo humano y lo divino; es aquel completamente vivo, que nos hace ver que la muerte es en definitiva una dimensión de la vida a través de la cual viajamos hacia un más allá del tiempo.

El cuarto evangelio es el que mejor describe este significado de Jesús y su Dios, y lo entiendo así cuando el autor explica el propósito por el que vivió Jesús: “para darnos vida y darla en abundancia”.

Espero que este libro les sirva para ese propósito.